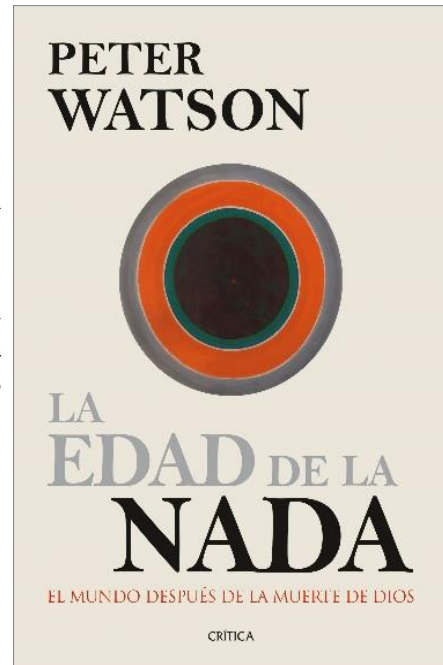




Peter Watson
La edad de la nada.
El mundo después de la muerte de Dios
Barcelona
Planeta
2014
817 pp.



Alicia Zarzuela Domínguez¹

Recibido: 11/11/2015

Aceptado: 22/12/2015

Hace apenas un año Peter Watson publicó *La edad de la nada*. Esta es la historia de una era que comenzó hace aproximadamente un siglo y medio, y en la que todavía estamos sumergidos. Ni postmodernidad, ni fin de los tiempos, ni rizomáticos barroquismos, la complejidad de nuestra época está fundada en algo mucho más sencillo: la nada.

En el fondo, todos lo sabíamos. Y es precisamente por su evidencia que el libro de Watson ha sido tan satisfac-

toriamente acogido, pues siempre resulta oportuno indagar rigurosamente en lo más obvio. A partir de la década de los 80 del pasado siglo, desde distintos ámbitos humanísticos, empezaron a tomar solidez las conjeturas sobre la superación de los tiempos modernos. En el campo de la filosofía, Gianni Vattimo acuñó el término de “ontología débil” en su ensayo *El fin de la modernidad* (1985), y con un tono más sociológico, Gilles Lipovetsky hizo lo propio en *La era del vacío* (1983). Podrían citarse infinidad de obras que han sentado bases importantes de una época de confusos cimientos. Pero lo que Watson hace en su último ensayo ya no es lanzar nuevas perspectivas teóricas de los

¹ Historiadora del Arte (Universidad de Valencia) y Máster en Estudios Comparados de Literatura, Arte y Pensamiento (Universidad Pompeu Fabra de Barcelona). Contacto: aliciazarzuela@gmail.com

tiempos actuales, sino constatar que la historia del último siglo de occidente ha estado vehiculizada por la no poco despreciable idea de la nada. Así, la de la nada es una época que, como tal, hace historia. El propio Watson aclara en el subtítulo de su libro que se trata de la historia del mundo después de la muerte de Dios.

Peter Watson, actualmente miembro del Instituto de Investigaciones Arqueológicas de la Universidad de Cambridge, es un distinguido historiador de las ideas británico. Su carrera no se ha centrado exclusivamente en el ámbito académico, sino que ha tenido también una destacada labor periodística, habiendo sido reportero en *The Times* o en *New Society*, entre otras revistas, y en numerosas ocasiones, invitado a programas televisivos. Este compromiso divulgativo convierte su obra en una de las más fructíferas de la historiografía actual. El autor de *Ideas: historia intelectual de la Humanidad* (2006), con un gran rigor profesional y un estilo muy accesible por su espontaneidad, reconstruye una vez más la historia del mundo basándose en cómo la sociedad – sobre todo la occidental – ha ido cambiando su mentalidad.

En *La edad de la nada*, Watson se pregunta cómo la muerte de Dios proclamada por Nietzsche en 1883, marcó un antes y un después en la historia de las ideas, siendo el detonante de los grandes hitos que jalonan el siglo XX. Desde las vanguardias artísticas hasta las tesis de la biología evolutiva, pasando por la psicología, el nazismo, el comunismo, el ecologismo o la contracultura. Esta heterogeneidad de movimientos no son sino fruto de un pensamiento eminentemente nihilista que inaugura una nueva era en la que, sin duda, han proliferado las creencias más

diversas para suplir el vacío dejado por el valor más fuerte que jamás haya conocido la humanidad: el de Dios.

Sin embargo, hay una cuestión que atraviesa este ensayo de principio a fin, y que, siendo una problemática actual, el método historiográfico no es capaz de esclarecer: ¿qué sucede con la religión en la edad de la nada? El libro de Watson se inicia con un análisis del estado actual de las religiones, con datos estadísticos que esclarecen hasta qué punto y de qué modo estas siguen presentes en un mundo ateo. Si es cierto que el número de personas que se declaran ateas va progresivamente en aumento, tampoco puede negarse que, contrastando diversos sondeos hechos en EEUU y en Gran Bretaña, más de la mitad de los encuestados profesan alguna religión. Otro dato de interés es el que muestra que, según las estadísticas, en aquellos lugares en los que la vida está expuesta a mayores riesgos, las creencias religiosas son más fuertes, lo cual podría llegar a probar que el ateísmo crece en la medida en que se extiende la sociedad de bienestar. Con este panorama, ¿se puede hablar de una auténtica nulidad de Dios? Decididamente, este es un valor que sigue vigente en el siglo XXI, ¿pero de qué modo? ¿No puede Dios considerarse una idea más, entre otras muchas, de las que hoy en día colman las necesidades espirituales del hombre?

Al abordar la nada, el tono de Watson no la plantea, ni mucho menos, como negación o carencia, sino como la condición de posibilidad del todo. Si la muerte de Dios es el punto de partida de nuestra época, es precisamente porque Dios ha sido la creencia más poderosa con la que históricamente han contado los hombres. Caída la divinidad, se tambalea también el concepto de verdad, lo

que conlleva la desconcertante crisis de valores característica de nuestro tiempo. Por una parte, reina el perspectivismo, la pluralidad de voces, el multiculturalismo, la interdisciplinariedad y todo tipo de celebración de las diferencias. Pero por otra, parece que el triunfo del pacifismo relativista esconde, en el fondo, una poderosa resistencia a dar por fenecida la idea de Dios.

Principalmente, lo que al autor le inquieta es que en este momento de supuesto ateísmo, existan fundamentalismos que actúen de formas extremistas. Las creencias religiosas, además de seguir oponiéndose entre sí, se enfrentan con el ateísmo de forma trágica. Watson relata cómo el escritor Salman Rushdie, en la década de los 90 del pasado siglo, se vio obligado a vivir durante más de diez años en clandestinidad, debido a que su libro *Los versos satánicos* (1988) llevó al decreto de una fetua –decisión jurídica islámica– que exigía su inminente ejecución. ¿Es el extremismo religioso también nihilismo? ¿Es el terrorismo religioso consecuencia del creciente ateísmo, o más bien al contrario, el ateísmo aumenta como consecuencia de los fundamentalismos? Son algunas de las cuestiones de actualidad que Watson plantea al lector de *La edad de la nada*.

Desde luego, este no es un libro que pretenda dar respuestas, pero sí, de forma mucho más enriquecedora, aporta lo único que le es dado ofrecer a la nada: perspectivas. Pragmatismo, arte y ciencia, son los tres focos desde los que se dispersan todo tipo de fes laicas. Sin Dios, el hombre se ve obligado a construirse otras creencias, y la filosofía pragmática, la creación artística o la investigación científica, van a sumarse al reconocimiento del valor de la conciencia, que, desde corrientes como la

fenomenología de Husserl o el psicoanálisis de Freud, apuntan hacia la mente humana como principal y única fuente de conocimiento. Esta fe en lo humano y en sus capacidades, este humanismo, se contradice con el clima de desencanto que asoló al mundo tras las guerras mundiales, cuando los hombres experimentaron con horror su propia inhumanidad. El choque entre esperanza y desesperanza va a hacer germinar el vacío existencial que ha desatado la que quizás sea la época más fecunda tanto artísticamente como científicamente. Lo interesante es que pragmatismo, arte y ciencia no van a ser ya simples formas de aproximación al mundo, sino efectivas creencias, verdaderos paradigmas que, como tales, van a determinar los estilos de vida de las gentes.

Por su parte, la filosofía pragmática es una corriente arraigada sobre todo en EEUU, donde en las primeras décadas del siglo XX, personalidades como George Santayana o John Dewey sentaron las bases de una creencia que fundaría el llamado *estilo de vida americano*. Básicamente, el pragmatismo sustituye la *verdad* por el concepto de *esperanza*, de manera que los actos humanos deben estar siempre guiados hacia mejoras en las condiciones de vida. De este modo, el sentido de la propia vida es siempre el de la construcción de un futuro mejor.

Por otro lado, al tomar la explicación científica el relevo de la explicación religiosa, era inevitable que la ciencia llegase a impregnar todo los ámbitos de la vida, no solo en sus aplicaciones tecnológicas, sino en el aspecto más filosófico. Sabido es que el darwinismo ha sido el gran paradigma de la biología, llegando incluso a filtrarse en teorías sociológicas con el llamado darwinismo social, sin duda directamente

relacionado con el pragmatismo, donde el cambio se entiende como necesidad de mejora biológica. En el recorrido histórico que Watson nos presenta, encontramos numerosas pugnas y lazos entre la ciencia y la religión. A la ciencia se le ha reprochado a menudo una extrema deshumanización, reproche que en el fondo carece de sentido, pues, como afirma el científico Richard Dawkins, citado por el propio Watson en su libro, solo alguien que no esté en su sano juicio vincularía el sentido de su vida con el devenir de un cosmos que no obedece a ninguna finalidad. Sin duda, en esta afirmación se concentra todo lo que significa la creencia en la nada: carencia de un sentido último del mundo que, sin embargo, no impide tener una vida jubilosa y plena.

Por último, el arte y la literatura no sólo se convirtieron en el alimento espiritual por excelencia de los ateos, sino que la creación artística se fusionó con la vida hasta desaparecer la una en la otra. Además de historiador de las ideas, Watson también es experto en teoría e historia de las artes. En su libro pasa revista a las cosmovisiones que ofrecieron las obras de infinidad de artistas y literatos, dedicando capítulos enteros a autores tan diversos como Mallarmé, Rilke, Kandinsky, André Gide, Stefan George, Yeats, Ivanov, Gorki, Virginia Woolf, Eugene O'Neill, Charlie Parker, Allen Ginsberg, Merce Cunningham, Pollock, Pynchon o Philip Roth, por mencionar sólo a unos cuantos. Vemos, pues, que la poética que tiene lugar después de la muerte de Dios es tan heterogénea como intensa, y es evidente que cualquiera que fuera el sentido de su obra, estas personalidades sentían la exigencia de llenar o dar forma a la nada latente. A pesar de que obras como las de Samuel Beckett han

sido durante años etiquetadas de pesimistas, lo que Watson muestra es que toda creación artística fundada en la nada es una optimista celebración de la vida. El siglo XX explora los límites entre arte y vida, entendiéndose la creatividad a través de valores como el de la originalidad y la espontaneidad, vinculados a la conciencia (o más bien inconsciencia) humana.

En últimas, es innegable que en la época que nos concierne, al lado de la “cientificación” del mundo, se da un proceso de “psicologización” en el que toda producción humana encuentra su explicación en las intenciones últimas de la psique. Este predominio de la psicología a la hora de abordar el conocimiento, preocupa especialmente al profesor Watson, quien tuvo el valor de, en 2009, al ser invitado a la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid, dar una conferencia con el título de *Cómo la psicología ha fracasado*. En el capítulo dedicado a Freud, al que considera responsable directo del “giro psicológico”, Watson sostiene que el psicoanálisis simplemente ha triunfado como religión privada, pues siendo una filosofía determinista y teleológica, ofrece a la persona los mismos consuelos y expectativas que el cristianismo.

Así, la lectura de *La edad de la nada* es imprescindible a la hora de adentrarse en la historia del mundo contemporáneo desde un punto de vista tan particularmente escurridizo como es el de la religión. Las distintas ideologías que en él se exponen, sean laicas o no, muestran de qué manera a lo largo de la historia el ser humano ha necesitado de un sustento espiritual que dé valor a su vida. La lúcida conciencia histórica de Peter Watson le permite indagar en los más complejos devenires de la mentali-

dad de los hombres, hasta el punto de atreverse a predecir que tal vez, en el fondo, la humanidad no esté tan lejos de regresar a un mundo plenamente religioso. Si esto es así, quizás, la edad de la nada no sea una época que haya venido para quedarse definitivamente, pero desde luego, aunque esto ocurra, es innegable que el paso por el nihilismo en la historia de las ideas no habrá sido en vano, sino probablemente la más fructífera de las etapas del hombre.